

cia de la santidad de su Dios y la hace derramar lágrimas de compuncion y tristeza; pero ¿qué consuelos no halla en sus lágrimas y en su dolor! Porque una alma que se ha vuelto á Dios, no puede acordarse de sus pasados desvíos, sin descubrir en ellos la conducta que con ella usó la divina misericordia; los caminos singulares por donde su sabiduría la condujo, como por grados, al instante feliz de su conversion. Esto es lo que presenta la memoria de lo pasado á una alma compungida; mira á los cómplices de sus antiguos deleites, entregados aún por la justicia de Dios á los desórdenes del mundo y de las pasiones, y ella escogida, separada, y llamada al conocimiento de la verdad. ¡Oh, amados oyentes, y cómo llena de paz y de consuelo esta memoria á una alma fiel! Esta es la primera felicidad de las almas justas: aún la memoria de sus pasadas infidelidades las consuela.

Pero, en segundo lugar, si la memoria de lo pasado es para ellas un manantial de sólidos consuelos, no consuela ménos su piedad lo que á su vista pasa en el mundo. ¿Qué es el mundo, aún para los mismos que le aman, que están embriagados con sus placeres, y que no pueden vivir sin él? El mundo es una eterna servidumbre, en donde ninguno vive para sí, y en donde para ser feliz es necesario besar sus cadenas y amar su cautiverio. El mundo es una diaria revolucion de sucesos que, unos despues de otros, despiertan en el corazon de sus secuaces las más violentas y más funestas pasiones, los rencores crueles, las indiferencias odiosas, los temores amargos, los celos que consumen, y los pesares que molestan. El mundo es una tierra de maldicion, en la que aún los mismos deleites están llenos de espinas y amargura. Finalmente, es el mundo un lugar, en donde aún la misma esperanza, que se mira como una pasion tan halagüeña, hace á todos los hombres desgraciados. No obstante, este es el lugar en que todos los pecadores buscan su felicidad: aquí es donde quisieran eternizarse; este es el mundo que prefieren á los bienes eternos y á todas las promesas de la fé. ¡Oh gran Dios! ¿qué justo sois cuando castigais al hombre con sus propias pasiones, permitiendo que ya que no quiere buscar su felicidad en Vos, que sois solo la verdadera paz de su corazon, se forme una felicidad fantástica de sus temores, de sus disgustos, de sus molestias y de sus crueles inquietudes!

Pero lo que más favorece en esto á la virtud es, que este mismo mundo tan molesto y tan insufrible para los pecadores, que buscan en él su felicidad, es un motivo de reflexiones que consuelan á los justos, que le miran como destierro y país extraño. Porque, primeramente, la inconstancia del mundo, tan terrible para los que están entregados á él, ofrece al alma fiel mil motivos de consuelo. Nada la parece

constante ni durable en la tierra; ni las más altas fortunas, ni las más estrechas amistades, ni la más brillante fama, ni los más deseados favores. Ve una soberana sabiduría, que parece se divierte en burlarse de los hombres, levantando á unos sobre las ruinas de otros. Ve á los hombres ocupados siempre, ó en sus temores ó en sus esperanzas; siempre inquietos, ó con lo presente ó con lo que está por venir; nunca tranquilos, trabajando todos por el descanso, y siempre apartándose más de él. ¡Oh hombre! ¿por qué discurre tanto para ser infeliz? Esto es lo que entónces piensa una alma fiel. La felicidad que ésta busca es ménos costosa. No es necesario ni atravesar mares, ni conquistar reinos; sin salir de sí misma, halla su felicidad. ¡Qué suaves le parecen á un hombre virtuoso las amarguras de la virtud, cuando las compara con los crueles pesares y eternas inquietudes de los pecadores!

En segundo lugar. La injusticia del mundo, tan cruel para los que le aman, cuando se ven olvidados, despreciados y sacrificados á indignos competidores, es un principio fecundo de reflexiones de consuelo para un alma que le desprecia, y que solo teme al Señor. Porque ¿qué consuelo ha de tener un pecador, que despues de haber sacrificado al mundo y á sus señores su reposo, su conciencia, sus bienes, su mocedad y su salud, sin haber tenido más recompensa que desprecios, fatigas, abatimientos y frívolas esperanzas, ve que de repente se le cierran las puertas de la elevacion y de la fortuna, y que le quitan de entre las manos los puestos que habia merecido, y de los que ya se juzgaba en posesion? Amenazado, si se queja, de perder los que posee; obligado á doblar la rodilla delante de sus rivales, más felices que él, y á vivir dependiente de aquellos á quienes ántes aún no los tenia por dignos de que le sirviesen! Pero el justo, en el mismo desprecio que de él hace el mundo, aprende á despreciarle: la injusticia de los hombres le sirve solamente para acordarse de que sirve á un Señor más justo, que no se apasiona, ni se deja engañar; que solo ve en nosotros lo que en la realidad hay; que para decidir de nuestra suerte se gobierna por nuestros corazones. ¡Qué motivos de consuelos no halla un alma fiel en estas luces de la fé!

Finalmente, los juicios del mundo, que para los mundanos son motivos de tantos pesares, acaban tambien de consolar al alma fiel: porque es un suplicio para los amadores del mundo el estar siempre expuestos á sus juicios; esto es, á la censura, á la befa y á la malicia de todos. Por más que uno desprecie á los hombres, siempre quiere ser estimado de los mismos que desprecia. Por más que se goce de los públicos aplausos, los desprecios son tanto más sensibles, cuanto son

ménos comunes y más raros; por más que uno se venga de estas censuras con otras más vivas y mordaces, la venganza siempre supone el resentimiento y el dolor; y, por otra parte, es mucho ménos el gusto que se experimenta en despreciar, que el pesar que se recibió en ser despreciado. Pero una alma fiel está libre de todas estas inquietudes. Como no desea la estimacion de los hombres, tampoco teme sus desprecios; como no tiene por fin el agradarlos, tampoco extraña no haberles dado gusto. Dios solo, que es quien ve su corazon, es el único juez á quien teme, y el que al mismo tiempo la consuela en los juicios que de ella hacen los hombres. Su gloria es el testimonio de su conciencia; busca su fama en el cumplimiento de su obligacion; mira los aplausos del mundo como escollo de la virtud, ó como recompensa del vicio; y sin atender á sus juicios, se contenta con darle buen ejemplo. Pero ¡qué es lo que digo! Aún el mismo mundo, estando como está tan lleno de desprecios, de censuras y de malicia para con aquellos que le adoran, se ve obligado á venerar la virtud de los que le desprecian y aborrecen; él mismo parece que imprime en la persona de un verdadero justo, no sé qué dignidad, no sé qué cosa divina, que se granjea la veneracion y casi el culto de las almas mundanas. De este modo, el mismo mundo es motivo de consuelo para una alma cristiana.

2. La gracia dá tambien á las almas justas en la tierra, dos géneros de consuelos; unos, interiores y secretos; otros, exteriores y sensibles, ambos tan esenciales para la felicidad de esta vida, que no hay en la tierra ningun placer que á ellos equivalga. La primera utilidad interior que facilita la gracia á una alma fiel, es el establecer en su corazon una paz sólida, y reconciliarla consigo misma. Todos llevamos dentro de nosotros mismos un juez incorruptible, que sin cesar se pone de parte de la virtud, contra las pasiones que más nos lisonjean; que mezcla con las que más nos arrastran las ideas importunas de nuestra obligacion; y que nos hace infelices en medio de nuestros deleites y de nuestra abundancia. Este es el estado de una conciencia impura y manchada; el pecador es quien se acusa á sí mismo en lo íntimo de su corazon; á todas partes lleva consigo una inquietud que con nada se sosiega; es desgraciado por no poder vencer sus desarregladas inclinaciones; pero aún lo es mucho más por no poder sofocar sus importunos remordimientos.

No quiero decir, que el corazon de los justos goce en esta vida una tranquilidad tan inalterable, que no experimente alguna vez acá en la tierra tribulaciones, disgustos é inquietudes; pero éstas son unas nubes pasajeras, que solo cubren, por decirlo así, la superficie de su

alma. En su interior, reina siempre aquella calma profunda, aquella serenidad de conciencia, aquella sencillez de corazon, aquella igualdad de espíritu, aquella confianza viva, aquella resignacion pacífica, aquella tranquilidad de pasiones y aquella paz universal, que, aún desde esta vida, es ya principio de la felicidad de las almas inocentes. ¡Criaturas vanas! ¿qué poder tendreis sobre un corazon, que no hicierais vosotras, y que no se hizo para vosotras? La paz del corazon es el primer consuelo de la gracia. El segundo es el amor, que suaviza á los justos los rigores de la ley, y muda, segun la promesa de Jesucristo, su yugo, que parece insoportable á los pecadores, en yugo suave y de consuelo para ellos. Porque una alma fiel ama á su Dios, aún con más viveza, más tiernamente y con más solidez, que habia ántes amado al mundo y á las criaturas. Cuanto intenta por él, aunque sean los mayores trabajos, ó no cuestan nada á su corazon, ó le sirven de deleite. Porque es carácter del amor santo, cuando es dueño del corazon, ó suavizar las penas que causa, ó mudarlas en santos placeres. Y así, una alma enamorada de Dios, quiero explicarme de este modo, perdona con alegría, sufre con confianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo, y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Cuanto más crece su amor, más se suaviza su yugo. Cuanto más ama, tanto es más feliz; porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario. Al contrario el pecador; cuanto más ama al mundo, es tanto más infeliz; porque cuanto más ama al mundo, más se multiplican sus pasiones, más se encienden sus deseos, mayor estorbo halla en sus proyectos, y más se agrian sus inquietudes.

Apelo á vuestro testimonio. Vosotros que tantos años há servís al mundo, ¿cuánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso, á un lado, todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro, todas las amarguras que habeis padecido, y ved cual de los dos pesa más. Acaso habeis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor: Aquí estamos bien; pero aquello fué una embriaguez, que duró poco tiempo.

¿Quereis, pues, vivir felices? Vivid cristianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazon es la raiz de los verdaderos deleites. Mirad á todas partes, y hallareis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y vereis, que no pueden curar aquella raiz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la suerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable; no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan; veis que lloran, pero no veis la mano invisible que

enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la unción de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia siempre alegre y tranquila. ¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulación santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podeis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazón; empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí, no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir, no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios, que os llama y os espera; desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raíz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza, que nunca se acabará. Así sea.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FELICIDAD.—Nacemos para ser felices, aún cuando naciéremos en la mayor miseria.

Renacemos para la felicidad, aún cuando renaciéremos por la penitencia.

Debemos temer que perdamos la felicidad, aún cuando naciéremos y renaciéremos para la felicidad.

FELICIDAD.—El tiempo de nuestra felicidad en este mundo es el tiempo de nuestra infancia luego de haber sido bautizados, porque aún no nos atormentan inclinaciones desordenadas.

El lugar de nuestra felicidad en esta vida es la soledad que nos aparta del tumulto del siglo, porque nos pone á cubierto de la persecución de nuestros mayores enemigos.

La causa de nuestra felicidad en este lugar de miseria es la rectitud de nuestra conciencia, porque nos libra de las desazones que pueden más fácilmente alterar nuestra tranquilidad.

FELICIDAD DE LOS HOMBRES.—Los hombres que buscan su felicidad en las criaturas, demuestran la obcecación de su corazón.

Los hombres nunca son más ciegos en procurar su felicidad, que cuando la encuentran en lo que los hace desgraciados.

FELICIDAD DE LOS MUNDANOS.—Los mundanos toman la figura de la felicidad por la felicidad misma.

Los mundanos se figuran que pueden encontrar su felicidad, haciendo desgraciados á los demás.

Los mundanos cifran su supremo bien en dar desahogo libre á sus pasiones.

FELICIDAD; véase: BIENAVENTURANZA;—CIELO;—GLORIA.

FERRO-CARRILES; véase: BENDICION DE UN FERRO-CARRIL.

FERVOR.

Spiritu ferventes: Domino servientes.
Sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quién servís.

(Rom. xii. 11.)

El hombre dado al pecado por el desconcierto de la naturaleza, casi no encuentra en sí más que principios de error y causa de corrupción; la justicia y la verdad que, en un principio, vinieron al mundo con nosotros, nos son ya como ajenas; todas nuestras inclinaciones, rebeldes á la ley de Dios, nos arrastran, como á despecho de nosotros, hácia los objetos ilícitos; de modo, que para ordenarlas, y someter nuestro corazón á la ley, es necesario que continuamente hagamos resistencia á las impresiones de los sentidos; que violentemos nuestras más vivas inclinaciones, y que estemos siempre alerta contra nosotros mismos. No hay obligación alguna que no nos cueste trabajo; no hay precepto alguno en la ley que no se oponga á alguna de nuestras inclinaciones; no hay en el camino de Dios paso alguno á que no tenga repugnancia nuestro corazón.

A esta interior corrupción, que hace tan difícil el cumplimiento de nuestras obligaciones, podeis añadir los lazos que se nos tienden en todas direcciones, los malos ejemplos que nos llevan tras sí, los objetos que nos acobardan, las ocasiones que nos engañan, las complacencias que nos debilitan, las aflicciones que nos desalientan, las prosperidades que nos corrompen, las circunstancias que nos ciegan, las atenciones del mundo que nos molestan, las contradicciones que